



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

INONGO-VI-MAKOMÈ
El árbol que lloraba en el parque

Edición impresa

Inongo-vi-Makomè, *El árbol que lloraba en el parque* (2014)

En

Inongo-vi-Makomè (ed.) (2014) *El árbol que lloraba en el parque*.
Barcelona: Ediciones Carena. (pp. 33-42)

Edición digital

Inongo-vi-Makomè, *El árbol que lloraba en el parque* (2014)
Mar García (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Noviembre de 2014



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



El árbol que lloraba en el parque Inongo-vi-Makomè

Cuando Riekà llegó a su casa, intentó serenarse y cambiar la expresión de su cara. No quería preocupar a sus padres, sobre todo no sabía cómo explicarles lo que le pasaba. Pero, a pesar de su esfuerzo, la expresión de una tristeza interior que dejaba traslucir su cara, no pasó desapercibida a su madre, Diba da Menanga.

Por la tarde noche cuando el padre estaba distraído viendo un partido de fútbol en la televisión, Diba da Menanga se aproximó a su hija.

-Riekà, dime qué te pasa –pidió su madre-. Y por favor no me digas que no te pasa nada, porque no te creeré. Te conozco muy bien, y sé que te pasa algo. ¿Te has peleado en el parque con alguna niña?

-No, *ine*, no me he peleado con nadie.

-¿Qué es lo que te pasa entonces? –insistió la madre.

La niña se mantuvo un momento callada. Sabía que su madre la había pillado. Miró por un momento hacia su padre, que estaba ajeno a la conversación que mantenían su madre y ella.

-Es por el arbusto del parque, *ine* –contestó evitando mirar a la cara a su madre.

-¿El arbusto del parque...? ¿Qué arbusto del parque, y qué le pasa a ese arbusto?

Riekà volvió a titubear.

-Está triste y llora porque no quiere estar en el parque. Dice que lo han arrancado a la fuerza del lado de su madre en el bosque –soltó de golpe la niña.

Diba da Menanga, su madre, cerró con fuerza los ojos. Sabía desde hacía mucho tiempo que había una relación entre su hija y los árboles. Pero nunca se atrevió a no preguntarle nada. Sabía también que su hija era una niña especial. Su abuelo se lo había advertido antes de que llegara al mundo.

-Riekà, hija –empezó hablando la madre con suavidad-, sabes que no estamos en nuestro pueblo de África. Estamos aquí, en Europa, en el país de los blancos, y ellos no creen en esas cosas.

-Pero yo no miento, *ine*.

-Sé que no mientes, cariño, pero aquí la gente no cree en esas cosas. Tienes que olvidar lo que pasa con ese arbusto, si no, nos vas a buscar problemas a todos –rogó su madre.

-Pero el arbusto me ha pedido que le ayude; si no, morirá –insistió Riekà.

-Aunque el arbusto te lo haya pedido, Riekà, no puedes hacer nada por él. Si estuviéramos en África, seguramente iríamos con los abuelos a ver a un *nganga* [hechicero], y él nos diría lo que podríamos hacer. Pero aquí no hay *nganga* –concluyó la madre.

-El arbusto me ha dicho lo que puedo hacer para ayudarle. Quiere que lo saquen del parque y que lo lleven otra vez al bosque –explicó Riekà.

La madre volvió a cerrar los ojos. Respiró hondo. No quería perder la calma y llamar la atención de su marido.

-Aunque el árbol te lo haya dicho, no podemos hacer nada, cariño. Nadie te va a creer. –Se aproximó a ella y le acarició la cara-. Debes olvidar la historia de ese árbol, Riekà. A veces, en la vida hay cosas que queremos hacer, pero no podemos. Hay cosas inexplicables como esta historia del arbusto; aunque tú y yo sabemos que es verdad, no podemos hacer nada para convencer a nadie más. Así es la vida a veces, mi pequeña. Por favor, olvídate del árbol del parque.

Riekà asintió con la cabeza. Su madre le dio un beso en la cara. Sabía que la niña no estaba satisfecha con su explicación, pero no podía hacer otra cosa.

[...]

La señorita Suni esperó al día siguiente para observar a Riekà. La vio algo cambiada. Su aspecto había mejorado, pero la seguía notando triste. Al segundo día, cuando vio que nada cambiaba, buscó un momento, después de la hora de comedor, para hablar con ella, La llevó a un despacho donde no había nadie.

-Riekà, ¿confías en mí?–le preguntó directamente.

-¡Sí, señorita Suni! –respondió la pequeña con cierta timidez.

-Si es así, entonces cuéntame lo que te pasa sin temor. Dime si te maltratan tus padres o lo que sea, te prometo que te ayudaré –insistió la maestra.

La niña quedó turbada durante unos segundos. La maestra no se movió ni hizo nada para forzarla.

-Tengo miedo de que no me creas –explicó la pequeña-. Mis padres me han dicho que no se lo diga a nadie de aquí porque no me crearán y pensarán que estoy loca.

La maestra se preocupó. Enseguida creyó que estaba ante un caso de maltrato, y que los padres intimidaban a la niña.

-Yo sí te creeré, Riekà. No tengas miedo, no te pasará nada si me cuentas lo que te ocurre -aseguró la maestra.

La niña titubeó durante unos minutos.

-Es por un pequeño árbol que hay en el parque que está cerca de nuestra casa –dijo Riekà.

-¿Qué le pasa a ese árbol del parque?

-Está triste y llora, porque dice que lo han sacado del bosque y él no quiere estar en el parque. Me ha pedido que le ayude a volver al bosque –explicó la niña con toda seriedad.

La señorita Suni se quedó embobada durante unos segundos, como si no acabara de entender las palabras que había pronunciado su alumna.

-¿Dices que un árbol del parque está triste, que llora y que te pide que lo ayudes a que lo devuelvan al bosque?... –preguntó la maestra sin acabar de salir de su asombro.

-¡Sí, señorita Suni! –asintió la niña. Su afirmación fue seguida de un movimiento de cabeza, de abajo arriba.

-Riekà, pero ¿qué tonterías son esas que estás diciendo? ¿Desde cuándo los árboles hablan con las personas?

-A mí me hablan algunos árboles. En nuestro pueblo, hay uno grande que me quiere mucho y que me habla siempre. El pequeño árbol del parque de aquí también me habla. Pero mis padres me han dicho que no se lo cuente a nadie, porque aquí nadie me va a creer –explicó la niña.

La maestra no salía de su aturdimiento. Y lo que más le asombraba era la tranquilidad y la seguridad con la que la pequeña Riekà le contaba su historia.

-Riekà, es normal que te digan eso tus padres. Nadie puede creer esa historia que me estás contando. ¿Acaso tus padres te creen? –quiso saber la maestra.

-¡Sí, me creen! Pero tienen miedo de que aquí me tomen por una loca y que me encierren. No quieren que me separen de ellos. Yo tampoco quiero que eso suceda –dijo la niña con inquietud.

La maestra cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Deseaba estar soñando y quería despertarse de ese sueño.

-Vamos por partes, Riekà. Aquí nadie te va a encerrar, entre otras cosas porque esa tontería va a quedar aquí entre nosotras. Nadie más debe enterarse de esto, ¿me oyes?

-¡Sí, señorita Suni! ¿Entonces vas a ayudar a que devuelvan a ese arbolito a su lugar en el bosque? –preguntó con toda inocencia Riekà.

De nuevo, la maestra creyó que estaba soñando. Volvió a abrir y cerrar los ojos varias veces seguidas.

-Riekà, no estás entendiendo lo que te digo? Te pido que olvides esta historia. En ninguna parte del mundo los árboles hablan con las personas. No tienen una vida como las personas.

-Pero mi madre dijo el otro día en casa que mi abuela del pueblo le había dicho alguna vez que todas las cosas que hay en el mundo tienen vida y sentimientos propios –volvió a decir con toda su inocencia Riekà.

La maestra se vio bloqueada, y no pudo contenerse más.

-¡Vete ahora, pero como te he dicho, ni una palabra a nadie! –mandó la señorita Suni.

Se separaron. Al regresar a casa por la tarde, Riekà no contó a sus padres la conversación que había mantenido con su maestra.